



H. Rafael, editor.

Michol.



MICHOL.

Michol filia Saul prospiciens per fenestram vidit regem David subsilientem atque salta'eta coram Domino, et despectu eum in corde suo.

(II Reg. VI. 16.)

ACABABA de ser pronunciada en los decretos eternos la reprobacion de Saul: el profeta Samuel recibió de lo alto la orden de pasar á la pequeña ciudad de Betlehem, en la tribu de Judá, y de consagrar allí por rey á uno de los hijos de Isai, llamado tambien Jessé. Tomó el profeta óleo en un vaso de cuerno y llevó consigo una victima para ofrecer un sacrificio á Dios, y vino á Betlehem. Despues de la ceremonia religiosa, comunicó su secreto á Isai, y pidió que fuesen allí llamados los hijos de aquel anciano, no sabiendo cuál de ellos fuese destinado al trono. El mayor parecia gallardo y de agradable presencia, pero una voz íntima dió á conocer á Samuel que ni el brio exterior, ni el aire de grandeza determinaban la eleccion de la Providencia, y que aquel hombre no era segun el corazon de Dios. Las miradas del profeta pasaron sucesivamente

sobre todos los hijos de Jessé, sin que la voz le designase á ninguno de ellos. Entonces Samuel dijo al padre: "¿Están aquí todos tus hijos?" A lo cual el padre contestó: "Tengo aún otro de pequeño, que está apacentando las ovejas." Envía, pues, por él, dijo el profeta á Isai, y tráele aquí, que no nos pondremos á la mesa hasta que él venga." Envióse á buscar al jóven pastor, y pareció allí. Su nombre era David, su edad de cerca de veinte años. Era de aspecto gallardo, de hermoso rostro: brillaba en sus ojos la llama de aquel genio que reserva Dios para grandes destinos, y tenia la cabellera de aquel color rojizo ó de fuego que los judíos y antiguos pueblos de la Germania prefieren á todo otro color. A su llegada, dijo la voz á Samuel: "Este es, levántate y dale la unción santa." Samuel derramó el aceite sagrado sobre la cabeza de David en señal de su dignidad futura, á presencia de sus hermanos: esta no era mas que una unción que radicaba un derecho, bien que actualmente impedido de gobernar á Israel. Este acto quedó por algun tiempo como un secreto de familia: sin embargo David empezó desde entonces á manifestar en su conducta aquellas eminentes calidades que reclama el ejercicio del poder: de otra parte las circunstancias ordenadas y conducidas por una mano invisible rodeaban ya su persona, como para elevarle sobre la multitud, y darle aquel pedestal que si bien no es el mérito mismo, le hace parecer como tal á los ojos del mundo.

Ved ahí una de las escenas mas interesantes que pueden presentarse á los ojos del observador reflexivo. En medio de una familia de pastores un profeta inspirado de Dios busca un monarca para un grande pueblo. Un jóven apenas conocido es llamado de entre las ovejas que apacentaba para ser ungido rey; y en esta escena tan sublime por su misma sencillez, no se vincula tan solo el poder de un trono ó el destino de un imperio: se vincula nada menos que el cumplimiento de las esperanzas del mundo, el futuro destino de la humanidad. Este jóven pastor, que llegará á ser grande entre los reyes, entre los santos y entre los profetas, será también tronco de una familia de reyes, la mas ilustre de la tierra, de la cual nacerá el Suspirado de los siglos, el Supremo Libertador, y este príncipe mismo, ese humilde hijo de Jessé, en sus grandezas, en sus persecuciones, en sus angustias, en sus profundos y penetrantes gemidos, será símbolo y figura del Hombre Dios, cuyos dolores salvarán al mundo y cuyos tormentos le será dado ver y lamentar, rasgándose para él, el velo de lo futuro. Todos estos misterios insondables se abrigaban como en su cuna en la humilde casa de Jessé.

Dichosos tiempos aquellos en que los reyes iban á buscarse de entre

los pastores, y en que un cayado se convertia en un cetro. ¡Desgraciado del pueblo en que el cetro ha de nacer de una espada!

Samuel despues se volvió á Ramatha, y de aquel dia en adelante el espíritu del Señor se difundió suavemente en el jóven elegido, al mismo tiempo que se retiraba del sombrio monarca de Israel. Dominado este por el espíritu del mal, sentíase atormentado por una cruel melancolia. El sueño huía de sus ojos: mil fantasmas aterradoras le sorprendian y azoraban entre sueños. Turbado con la memoria de sus delitos y con la sentencia fulminada por Dios contra él, dejábase llevar de aquel atrabafario, de aquel turbulento frenesí que le hacia insoportable el peso de sí mismo, y le transportaba algunas veces hasta el delirio. Los áulicos liasonjeros, pues ya los tenia aquella reciente monarquía, ó bien interesados en calmar el humor frenético del príncipe, ó para grangearse su benevolencia, le proponen un medio para temperar aquella cruel melancolia que le llevaba hasta el furor. "Ya ves, le dicen, cómo te atormenta un espíritu maligno. Si así lo dispones, pues, nosotros los siervos que tienes delante de ti buscaremos un hombre hábil en tocar el arpa, para que cuando permita el Señor que te agite el mal espíritu, halles en sus dulces tonos algun alivio en tu dolor." No le pareció mal al aquejado monarca la indicacion. Uno de los cortesanos, le habla de un hijo de Isai bethlehemita, tan diestro en tañer el arpa, como valiente y hábil para la guerra, prudente en el hablar, de aspecto gallardo y favorecido del Señor. Tantas gracias juntas no se hallarian seguramente en ningun otro hijo de Israel. Declaróse desde luego la voluntad del monarca, y Saul manda á Isai que le envíe á su hijo David que está con sus ganados.

El anciano de Bethlehem toma un asno, lo carga de panes y de un cántaro de vino y de un cabrito recental, y lo envía á Saul por mano de su hijo. Tal vez pretendia hacerse mas grato al que le mandaba á buscar á su hijo; ó le daba una muestra de sencilla gratitud por haber pensado en él. Lo cierto es que el hijo de Jessé fué acogido con el mayor agrado por el monarca de Israel; el cual le cobró el mas entrañable cariño, y le nombró su escudero ó page de armas; por manera que mandó decir á Isai: "Quédese David cerca de mi persona, porque ha hallado gracia en mis ojos."

El monarca de Israel tenia pues, á su disposicion, uno de los mas poderosos recursos para suavizar los dolores del alma, y sosegar las tormentas del corazon. El canto, ¡oh! el canto es uno de los embelesos de la vida, y compadecemos de veras á los que por su organizacion ó por otras causas se ven privados de esa fibra secreta que deja percibir tan dulces y encantadoras sensaciones. El canto es natural al hombre, y es

inegable que toda la naturaleza tiene sus armonías así en la amenidad de los prados como en las profundidades del desierto; que un pueblo entero de cantores nos embelesa con sus gorgeos; que el alma del hombre, para guardar consonancia con el resto de la creación desahoga naturalmente con el canto sus dolores y sus alegrías. El canto es el que adormece como un prestigio mágico al mas astuto de los reptiles, ablanda las fieras, llena de placer la cabaña del salvaje, acompaña los mas dulces instantes de la vida. Tiene tal simpatía con nuestra alma, que en todos los siglos ha sido el intérprete fiel de sus pasiones y de sus deseos. El ha engrandecido entre los pueblos la gloria y el entusiasmo, ha inspirado el valor y el heroísmo, ha dulcificado la amargura del llanto imitando sus sollozos y sorprendiendo al amor le ha robado sus suspiros. La Divinidad, el dolor y el sepulcro, lo mas grande, lo mas sagrado entre los hombres se ha sujetado al canto; la flauta del pastor y el arpa del bardo han embelesado los bosques y la soledad, mientras que un coro de vírgenes cantaba las delicias del himeneo, ó una rouca trompeta llevaba los hombres al combate. Con el canto se suple la falta de las palabras, y la melodía es el lenguaje misterioso del corazón. Aquellos acentos inarticulados que penetran con tanta dulzura, y que sin exitar idea fija hieren tan á lo vivo nuestra sensibilidad, producen sensaciones que apenas pueden concebirse y que se escapan á la expresión de nuestro limitado lenguaje. La música ha quedado entre nosotros como un don del cielo, y como un celeste vislumbre de los gozes de la inmortalidad.

Saul, pues, en sus horas de agitada melancolía disfrutaba las primicias del genio del héroe de Israel, y de aquellos primeros acentos que despues tan majestuosamente supieron sublimarse hasta el trono de Dios y resuenan y resonarán por todos los siglos. Muy dulces y deliciosas debían ser las primeras melodías de aquella arpa misteriosa que supo despues acomodarse á todas las dolencias del corazón, ora brillante y estática como los coros angélicos, ora tierna y adolorida como los gemidos del hombre arrepentido. Pero tan puras armonías no bastaron para aljar del alma inquieta de Saul las fantasmas de sus remordimientos y el temor de las amenazas del cielo. La mano inocente que hacía suspirar las cuerdas sonoras no podía hacer que volviese á un corazón culpado la paz del espíritu de Dios.

Pasado algun tiempo, en una de aquellas guerras interminables que á intervalos venían como saludables crisis á embestir y fortificar ejercitándola la constitución de la nacionalidad judía, un soldado filisteo propuso á los bravos de Israel el terminar la querrela por un combate singular. Los dos campos enemigos estaban levantados sobre alturas que domina-

ban el valle del Terebinto, pues los filisteos, juntando sus escuadrones para pelear, se habían reunido en Socó de Judá, y acamparon entre Socó y Areca, en los confines de Dommin, y Saul había ordenado sus huestes de manera que se hallaban al lado opuesto del monte, mediando entre ambos ejércitos el valle del Terebinto, valle angosto y profundo que se estiende como el cauce de un río mas allá de la ciudad de Jeremías á la derecha del camino de Jafa á Jerusalem. Un sendero que serpentea entre dos peñascos por lo largo de un barranco sembrado de mirtos, de terebintos y de olivos conduce al borde de un torrente casi siempre enjuto seguido despues de escarpadas cimas sobre las cuales está sentada una aldea árabe. El lecho del torrente está marcado por charcos de agua estancada y gran número de guijarros que forman una línea blanquecina y sinuosa. El aspecto general del país presenta algo de grave é imponente, pues los tintes sombríos que le dan severidad aumentan asimismo su grandeza.

El guerrero de Filistia tenía una talla desmedida y casi doble de los demas hombres: su cabeza, sus miembros y todo su cuerpo estaba cubierto de hierro y de acero. Dotado de una prodigiosa fuerza, traía en su cabeza un morrión de bronce: iba vestido de una coraza escamada del mismo metal, de un peso enorme: botas de bronce cubrían sus piernas; un ancho é impenetrable escudo de metal y una lanza formidable le servían para el ataque y la defensa. Este gigante era un bastardo, llamado Goliath, natural de Geth. Con ademán fiero é insultante viósele muchos días seguidos presentarse entre los dos ejércitos, y proponer á todo Israel junto un desafío lleno de jactancia y de desprecio. "¿Por qué habeis venido para dar batalla? decía, ¿no soy yo un filisteo y vosotros siervos de Saul? Escoged de entre vosotros alguno que salga á combatir conmigo cuerpo á cuerpo. Si este tal osare medir conmigo sus fuerzas y me matare, seremos esclavos vuestros; mas si yo prevalciere, y le matare á él, vosotros seréis nuestros esclavos y nos serviréis." Y se jactaba despues, diciendo: "Yo he desafiado hoy á los batallones de Israel, pidiéndoles un campeón para batirse conmigo." Saul empero y todo su ejército quedaban asombrados y mudos de estupor á vista de aquel coloso: el miedo había helado su valor. Por su parte Goliath sacaba de la pusilanidad de sus enemigos largas creces de insolencia, á manera de aquellos bárbaros propensos á realzar con pueriles bravatas la superioridad de sus fuerzas físicas.

Disponíase los israelitas á responder por medio de un combate general á las provocaciones del terrible filisteo, cuando llegó al campo David. Los tres hijos mayores de Isrá habían seguido á Saul en la guerra, y Da-

vid, el menor de todos, se había retirado de la corte de Saul, y vuelto á apacentar la grey de su padre en Betlehem. Durante los días pues, en que mañana y tarde se presentaba al ejército de Israel el orgulloso filisteo, habíale dicho á David su padre: "Toma para tus hermanos una medida de barina de cebada, y estos diez panes, y corte al campamento á llevarselo. Y toma también estos diez quesos de leche para su caudillo ó capitán, y verás si tus hermanos están buenos, y te informarás en qué compañía se hallan." No existía entonces ejército permanente: en los peligros de la patria publicábase entre las doce tribus que todo hombre dispuesto á combatir pasase á un lugar designado, al cual acudían los ciudadanos con sus armas y provisiones, pues la guerra se hacía á sus expensas, y no había recursos regularmente destinados al mantenimiento de las tropas. David había madrugado, y después de haber confiado sus rebaños á otro, se puso con su carga en camino para ejecutar las órdenes de su padre. Al llegar al lugar de Mugala, en el valle de Tebinto, junto al ejército, dejó su carga entre los bagages; y corrió hácia el teatro de la lucha, pues un clamor inmenso y general parecía anunciar que iba á darse la acción.

En aquel mismo momento, y cuando David solícito se informaba de la salud de sus hermanos, pareció el bastardo filisteo, á renovar por última vez los insultos contra los israelitas, que huían de su presencia, temblando de miedo. "¿No véis, decía uno de ellos, no véis ese hombre que se presenta al combate? Pues viene á insultar á Israel. Al que le matare, le colmaré el rey de riquezas, le dará su hija por esposa, y eximirá de tributos en Israel la casa de su padre." Estas promesas, el instinto de las grandes acciones, y sobre todo el deseo de vengar á Dios, cuya causa, estrechamente unida á la de los judíos, sufría por todas las injurias que se le dirijan, encendieron en el pecho del jóven héroe la llama de un religioso valor. Aseguróse de la verdad de lo que se decía: "¿Qué es lo que darán, preguntaba, al que matare á este filisteo, y quite el oprobio de Israel? Porque ¿quién es este profano que así ultraja al ejército de Dios vivo?" Recordáronsele las recompensas reservadas al vencedor. Entonces David se ofreció para combatir al gigante, y á pesar de las envidiosas reconvenções que le dirigió su hermano mayor Eliab, y de las advertencias mismas del rey, que le desviaba al principio de una lucha demasiado desigual, persistió él en su generoso designio. Eliab le decía indignado: "¿Por qué has venido aquí, dejando abandonadas en el desierto aquellas pocas ovejas que tenemos? Conocida tengo yo tu altanería, y la malicia de tu corazón. A ver la batalla es á lo que has venido." A tan cruda como injusta increpación, el que debía ser con el tiempo fi-

gura del mansísimo Cordero de Dios, respondió con mansedumbre: "Y qué mal hice yo? ¿he hecho otra cosa que hablar?" Llegó á oídos del monarca de Israel la osada resolución de David de dar la muerte al descomunal filisteo: mandó conducir el jóven á su presencia, y David le habló así: "No hay que desmayar por los insultos de este incircunciso: yo, siervo tuyo, iré y pelearé con él." Pero le respondió el rey: "No tienes tú fuerza para resistir á este filisteo, ni para pelear contra él, pues tú eres muchacho todavía, y él es un varón aguerrido desde su mocedad." Replicó David á Saul: "Apacentaba tu siervo el rebaño de su padre, y venía un león ó un oso, y apresaba un carnero de en medio de la manada, y corría yo tras ellos, y los mataba y les quitaba la presa de entre los dientes; y al volverse ellos contra mí, los agarraba yo de las quijadas y los ahogaba entre mis manos. Así es como yo, siervo tuyo, maté al león y al oso, y lo mismo haré con este profano. Iré, pues, contra él ahora mismo, y quitaré el oprobio de nuestro pueblo. . . . El Señor que me ha libertado de las garras del león y de las fauces del oso, me librará de las manos de este impio filisteo;" añadió el jóven pastor con una tranquilidad y religiosa confianza. Porque sabía que hay en el cielo un consejo supremo en donde se decide la victoria, y en donde la fé sincera tiene mas voz que el cuchillo mas bien templado.

De aquí fué en efecto de donde David sacó su audacia y su esperanza. Admirado Saul de la firmeza del jóven; conoció que allí mediaba el espíritu de Dios, y le dijo: "Anda, pues, y el Señor sea contigo." Y vistióle con sus ropas ó armaduras, y púsole en la cabeza un yelmo de acero y armóle de coraza. Cínóse David la espada de Saul sobre su vestido de guerra, y comenzó á probar si podía andar con aquellas armas. Pero conociendo que no estando acostumbrado, mas bien le servirían de estorbo que de utilidad, despojóse de ellas; y tomando el cayado, que tenia de costumbre, escogió del torrente cinco gujarros lisos, y metióse los en el zurron de pastor que traía consigo, y tomó la honda en su mano y fuese en busca del filisteo. Venía éste caminando con paso grave, precedido de su escudero. Y viéndolo que se le acercaba un jóven rubio y á la linda presencia le dijo con desprecio: "¿Soy yo algun perro, para que vengas á mí con un palo?" y juró por sus dioses echar sus carnes para pasto de las aves y de las bestias. Respondió David: "Tú vienes contra mí con espada, lanza y escudo, pero yo salgo contra tí en el nombre del Señor de los ejércitos, del Dios de las legiones de Israel, á las que tú has insultado este día. Y el Señor te entregará en mis manos, y yo te mataré y cortaré tu cabeza, y daré hoy los cadáveres de los filisteos á las aves del cielo y á las bestias de la tierra, para que sepa todo el

mundo que hay Dios en Israel; y conozca toda esa multitud que nos rodea, que si el Señor salva, no es por la espada ni por la lanza, porque él es el árbitro de las batallas y él os entregará en nuestras manos." Los dos ejércitos aguardaban el éxito de este combate memorable, como Alba y Roma contemplaban suspensos la lucha de tres hermanos contra tres hermanos. Moviósse, el filisteo para marchar hácia David, y corriendo éste al combate contra el gigante, metió su mano en el zurrón y sacó una piedra, que disparó con la honda, é hirió tan certera en la frente del filisteo, que quedó en ella clavada, y cayó éste en tierra sobre su rostro. Y no teniendo David á mano ninguna espada, arrojóse sobre el tendido filisteo, desenvainó la suya, y le cortó la cabeza.

Es inexplicable el terror y el desórden que tan inopinada ruina causó á los filisteos. Viendo éstos que había muerto el mas formidable de los guerreros, se pusieron en fuga dándose por perdidos. Los israelitas dando gritos de victoria, corrieron luego en su persecucion, acobillándose en considerable número hasta llegar al valle y hasta las puertas de Aecaron, cayendo heridos muchos de los fugitivos por el camino de Saraim y hasta Geth, patria del terrible Goliath. Y vueltos de perseguir á los filisteos, los hijos de Israel saquearon su campamento. Y tomando David la cabeza del filisteo, la llevó á Jerusalem, pero sus armas las colocó en su casa. Saul quiso ver al jóven héroe, el cual, pareció en efecto á su presencia llevando en su mano la cabeza de Goliath.

Ya cuando David se dirigía contra el filisteo preguntó Saul á Abner, general de las tropas, de qué familia era aquel jóven, puesto que, según la promesa del rey, si salía vencedor, había de pasar á ser su yerno. Y respondió Abner: "Juro por tu vida, ó rey, que no lo sé." Después de la victoria, puesto David á la presencia del monarca, preguntóle Saul: "¡Oh jóven! ¿de qué familia eres?" Y respondió David: "Soy el hijo de nuestro siervo Isai, natural de Betlehem." E informado el rey del nacimiento y de la familia de su futuro yerno, le retuvo en su palacio. David se portó en todo con una prudencia estrema: sus bellas cualidades y el recuerdo de su primera hazaña le grangearon la universal estima y admiracion. El alma de Jonatás, sobre todo, se unió estrechamente con el alma de David, y aquel hijo mayor de Saul le amó como á su propia vida. Igualmente generosas é intimamente unidas aquellas dos almas, no formaban mas que una. Jonatás regaló al recién venido su túnica, su arco, su espada, y hasta el tahali ó banda de donde cuelga la espada. ¡Cuán bello aparece en estas dos almas grandes el juramento de eterna amistad que se hicieron, y que se conservó hasta la muerte! ¡Cuán dulces son estas simpatías entre dos pechos nobles y generosos! La amis-

dad de Jonatás era desinteresada. Como príncipe de la sangre, lejos de hacerle sombra la grandeza de David, se complacía en sus triunfos y no solo le había cedido un trono sino su propia vida. Niso y Enrialo, Pildes y Orestes aparecen en los anales de la historia y de la fábula como modelos de amistad; pero en la amistad de Jonatás con David se deja ver como una inspiracion del cielo, y una de aquellas afeciones puras é irresistibles que son el consuelo y el honor de la especie humana.

A este particular testimonio de amor, tan dulce ya para David, la nacion entera unió su reconocimiento y sus aplausos. En una especie de marcha triunfal que siguió á la derrota de los filisteos, las mugeres salian de los pueblos y venian á encontrar á la comitiva, espresando su júbilo con cantares y danzas, y á coros y al son de panderos y otros instrumentos músicos repetian este estribillo: "Saul ha muerto á mil, David ha muerto á diez mil." Aunque la alabanza era justa, la comparacion era indiscreta; y no pensaban aquellas gentes que el arrojar flores sobre la cabeza de los súbditos, es entregarlos á la vengativa envidia de sus gefes.

Esta expresion empezó á agitar el ánimo suspicaz del monarca, y le hizo tomar aversion al jóven héroe. El alma baja de Saul de la que Dios se había alejado no podia ser generosa, y fué débil contra el incentivo de la envidia. ¡Cuán grande se presenta Jonatás al lado de Saul! La verdadera amistad es tambien un amor de sacrificio: cuando se prefiere la propia felicidad á costa de la felicidad del otro, no hay mas que egoismo, y si el afecto no descansa sino sobre al interes propio, presto se convierte en indiferencia ó en odio.

La envidia es el vicio que mas roe el corazon de su víctima y le oprime con una negra melancolia. No podia ocultar Saul ese cáncer que en secreto le devoraba. "A David le han dado diez mil, decía, y á mí me han dado mil: ¿qué le falta ya sino ser rey?" En su mirar torbo y suspicaz se traslucía la aversion que á David profesaba. Y mientras que el jóven héroe, adornado con todas las gracias del corazon y de la naturaleza, hacia salir del arpa melodiosa sonidos tan dulces como su alma; mientras con el doble poder de la música y del genio procuraba ahuyentar el espíritu sombrío que agitaba el alma del monarca; este espíritu maléfico atormentaba mas aquella alma inquieto y azorada de Saul. Dios permitía que le agitase con furia como al alma de un condenado, hasta vagar por el palacio como un frenético, y hasta tomar una lanza y arrojarla contra el pecho de su bienhechor con el intento de clavarle en la pared. Pero David huyó el cuerpo por dos veces, y evitó el golpe. Mas no por esto se irritó contra su voluntario rival, antes bien le compadecía

pero sin intimidarse. La virtud tiene una fuerza propia, que no sabe temer ni aborrecer; solo la debilidad es la que aborrece ó teme y cuando el alma virtuosa contempla los esfuerzos mezquinos de su enemigo, el vicio le horroriza, pero la persona por él oprimida llega á inspirarle piedad. David procuraba apaciguar á Saul con la amabilidad y con la dulzura; queria desarmarle á fuerza de beneficios: el Señor le secundaba en todas sus empresas, y el exceso mismo de su bondad y de su discrecion era para Saul motivo de mayor recelo y suspicacia. No pudo al fin tolerar la persona del justo: la alejó de sí, y dándole el mando de mil soldados, le parecia que le enviaba á la muerte. Pero David, ídolo de todo Israel y Judá, amado de los suyos, coronaba siempre su frente con nuevas victorias, y redoblaba con sus triunfos el vergonzoso martirio del envidioso monarca.

Saul, empero, debía cumplir su palabra. Acusado por su propia conciencia, y por la tardanza en el cumplimiento de un deber, en alguno de aquellos intervalos en que la justicia y la razon dejaron traslucir en su alma inquieta algunos de sus rayos, dijo á David: "Hé aquí á Merob mi hija mayor; voy á dártela por esposa, con tal que seas valiente y que peeles en servicio del Señor." Pero al mismo tiempo decia en su corazon: No seré yo quien le mate por mis propias manos, pero le haré peecer por el cuchillo enemigo. Lleno David de aquel bello rubor que deja traslucir un pecho magnánimo, cuando se le ofrece un galardón, aunque lo tenga bien merecido, respondió con humilde sinceridad: "¿Quién soy yo, ó cuál ha sido mi vida, ni de qué consideracion goza en Israel la familia de mi padre, para llegar á ser yerno del rey?" Saul, empero, fué inconsecuente é injusto, y puso el colmo á su ingratitud: y al llegar el tiempo en que Merob hija de Saul debía desposarse con el vencedor de Goliath, como aquel se lo tenia prometido, fué dada por muger á Hadriel Molabita.

Tan amarga ingratitud no dejaria de penetrar muy vivamente el corazon de David, y sin embargo, no se sabe que saliese de su boca la menor queja, ni que por esto cesase de fiar tranquilamente al cielo el cuidado de su suerte. Lo cierto es empero que Saul veia convertirse al instante contra sí mismo las dificultades de que él era el autor. La segunda hija llamada Michol estaba prendada de las bellas calidades de David, y pudo ser tambien que su alma dulce y generosa, al ver las injusticias de que era inocente blanco el jóven cortesano, se sintiese movida por una piedad que no tardó en convertirse en un sentimiento mas vivo aún y mas íntimo. Pues basta á una alma generosa al ver sufrir injustamente á otra que se le parece, para sentir en sí un interés vivo y una simpatía irresistible há-

cia la virtud perseguida. Entónces el sentimiento se hace reciproco, y produce, aun antes de comunicarse, la primera y la mas pura chispa de la amistad ó del amor. Por de pronto, la política de Saul pensó sacar partido de este incidente que secundaba sus bajos y homillantes designios: no dudaba que David para obtener á Michol consentiria en arrostrar todos los peligros, y acabaria por hallar en ellos la muerte. Yo le prometeré mi hija, decíase en el fondo de su corazon rencoroso, para que le sea ella ocasion de ruina, y muera en manos de los filisteos. Y despues de haber hecho consigo este cálculo, funesto: "Yo te daré á Michol, dijo á David, pero bajo dos condiciones." Y dijo despues en secreto á sus cortesanos: "Hablad á David, como que sale de vosotros, y decidle: ya ves que estás en gracia del rey, y que todos sus dependientes te aman; procura, pues, el alcanzar que seas su yerno." Desde mucho tiempo el mundo conoce y practica, como lo vemos todos, esta estrategia de la palabra que pasa por valor ó por virtud en la vida de ciertos hombres de Estado. El engaño y la perfidia está en la órden del día; y cuando la virtud desarmada, á veces de recelos que no conoce ó no cree, se entrega sin reserva á la integridad de los demas, no tarda en verse su juguete, ó su víctima.

El alma de David no conocia la desconfianza porque le era desconocida la perversidad; y así es que respondió ingenuamente á estas propuestas de los áulicos: "¿Os parece acaso cosa fácil el llegar á ser yerno del rey? ¿Y mas aún para mí que soy pobre y de condicion humilde?" La muger entre los Israelitas no traía en dote sino su vestido y los objetos indispensables á sus necesidades personales: el dote le hacia el marido. Este uso que encontramos asimismo en muchas naciones de la antigüedad, ni carecia de grandeza en sus motivos, ni de inconvenientes en su aplicacion. El legislador se proponía sin duda honrar á la muger, cuya juventud y belleza le parecian un tesoro asaz estimable y suficiente: de otra parte tampoco ofendia los principios de una justicia imparcial, cargando la obligacion de enriquecer á la familia sobre aquél de los esposos que tiene la ventaja así en la fuerza fisica como en la actividad del espíritu: en fin, bajo el punto de vista de la economía pública, prevenia la concentracion de las propiedades en unas mismas familias y la creacion de una aristocracia territorial, concentracion ó acumulacion de propiedad cuya destruccion parece haber servido de pretexto en nuestras sociedades modernas para introducir innovaciones no siempre justas ni acertadas; mientras de otra parte las conmociones y revueltas acumulaban en una sola mano fortunas inmensas. Preciso es reconocer de otra parte, que las disposiciones arriba indicadas dejaban á la muger demasiado es-

puesta á ser el juguete de la riqueza ó del poder, y hacian irreparables, privándoles de la posibilidad de una compensacion, las desgracias ó los rigores de la naturaleza: aquella costumbre equivalia á consagrar la desigualdad bajo el velo de una nivelacion aparente, é indudablemente semejante instincion hubiera llevado consigo los mas deplorables resultados, si no hubiese hallado de otra parte un contrapeso en la organizacion general del Estado.

Sea de esto lo que fuere, aquel estado de cosas era entonces un obstáculo mucho mayor para el pastor de Betlehem, que para la hija de Saul, y por esta razon habia dado aquel una respuesta que solo respiraba timidez y desaliento, respuesta que los cortesanos se apresuraron á poner en noticia de su señor. Era muy conforme á las previsiones y sobre todo á los deseos del principe, el cual, espresándose de un modo vago, solo habia tomado una iniciativa insignificante con el objeto sin duda de atraer al jóven á alguna protesta de entusiasmo, y hacerle caer así en el lazo de sus propias palabras. Saul, pues, mandó que hablasen á David en estos términos: El rey no necesita de dote para su hija; no exige pues, de ti, plata ni oro, sino únicamente la muerte de cien filisteos, para vengarse así de sus enemigos. El designio de Saul en esta propuesta era ya bien conocido. Desde la batalla del Terebinto, las dos naciones habian quedado en la expectativa de nuevas hostilidades, pero los ejércitos no estaban ya acampados. Tratabase, pues, de hacer una irrupcion sobre la frontera con un puñado de valientes. Estipulando Saul el matrimonio de su hija bajo esta condicion, tenia la ventaja de exponer á David á una muerte cierta, y de ocultar su treta bajo la máscara del patriotismo y de la gloria nacional.

Mas Dios deja que trazemos nuestra ruta, y él se reserva de hacerla llegar á termino. Saul engañaba á sus confidentes y á David; pero mas que á todos se engañaba á sí mismo: su fraude le calinó algun tanto, pero no pudo salvarle. Lleno siempre de rectitud y de intrepidez, David luego que los oficiales de Saul le manifestaron lo que éste habia dicho, aceptó sin dificultad la proposicion del rey. Despues de algunos dias, partió á la cabeza de su gente que le era fiel y adicta, atacó á los filisteos y les mató doscientos hombres. Esta rápida y gloriosa expedicion dejó desolado el espíritu de Saul: encrudeciöse en su interior la furia roedora de la envidia: mas al fin sintió á pesar suyo que la mano de Dios estaba contra él, y que le era preciso ceder al tiempo. Dió, pues, su hija en matrimonio al jóven y brillante vencedor de Goliath.

La afecion de Michol era proporcionada á los peligros que David habia temido que vencer para alcanzaria, y á la valerosa fidelidad que el

habia brillado. El valor tiene á los ojos de la muger un encanto irritable, y nada interesa tanto á un corazón generoso como los sacrificios que han debido hacerse para conseguir su estimacion y su ternura. La muger que se muestre insensible á tan heróicos esfuerzos, ni es digna de amar ni de ser amada. David mismo se gozaba en la belleza de tan dulce como suspirada alianza, con aquel vivo y profundo sentimiento que acompaña el triunfo de una inclinacion pura y puesta á duras pruebas. Pero todo lo que era felicidad para los nuevos esposos agriaba y ennegrecia el alma ulcerada de Saul, y la armonia entre aquellos dos corazones nobles y ardientes, era cruel amargura para el suyo. Para el alma gangrenada de envidia todo se convierte en veneno: los goces mas bellos las inclinaciones mas dulces, el amor, la ventura, la gloria, todo se transforma en aterrador martirio, todo es suplicio de muerte para ella. Dos cosas sobre todo atizaban su aversion: veíase forzado á estimar á su yerno, y le veía glorioso y feliz. Tal vez habia contado con Michol para anublar y comprometer el destino de David; mas quedó burlado en su esperanza. Y cuando conoció que no podia vencerle por medidas secretas, empezó á temerle. Como la envidia arrastra consigo todas las degradaciones de la razon, es inseparable de la desconfianza y de la suspicacion. Cuando el objeto cuya dicha nos atormenta se hace inaccesible á nuestros tiros, suponemos en él la misma vileza de miras, los mismos bastardos deseos; incapaces entonces de formarnos idea de la generosidad, todo lo envilecemos, y el objeto detestado se convierte en objeto temido. Sospechamos de él, y aun cuando sea un ángel de paz, se nos presenta como el genio torvo del odio y de la venganza, nos parece que lee en nuestro interior, que nos vé abominables y que busca nuestra ruina. Etemor, pues, de Saul crecia en él al par del odio. De otra parte las operaciones militares dirigidas aún contra los filisteos, aumentaron la celebridad de David, de tal manera, que adquirió alto renombre de prudencia y de valor, y el pueblo se acostumbraba á oír hablar gloriosamente del jóven capitán. Este último golpe dió por tierra con la virtud ya vacitante de Saul, y le hizo caer en el partido de la violencia. Y si alguna vez parecia desarmado por la mansedumbre y dulzura de su victima, volvía despues á la persecucion con mas cruel acrimonia. ¡Terrible situacion la de encrudecerse mas contra la inocencia y la virtud, cuanto mas brillan éstas con puros resplandores! ¡Triste aberracion de los hombres pusilánimes, que menos distinguidos por lo que son en efecto que por lo que parecen, se proponen reducirlo todo á su propia medida; como si en la indigencia de otro consistiese toda su riqueza, y como si no fuese mejor para restablecer un equilibrio que creen roto, buscar un nivel mas no-

ble y sólido, supliendo lo que falta de genio y de felicidad, que no se da á todos, con la virtud que es el derecho y el deber de todos!

En fin, Saul devorado de celos, tomó la resolución de hacer perecer á David, y habló en este sentido á sus oficiales y á Jonatás. Pero el corazón de este jóven príncipe no podía dar acogida á tan bajo y cobarde designio: al momento la voz de la amistad jurada se unió al grito del honor, y fué á encontrar en secreto á su amigo. "Saul mi padre, le dijo, busca cómo matarte: ruégote pues que mires por tí, y te vayas mañana á esconderte en algun lugar oculto, en el campo, ó á donde quieras; mientras yo procuraré estar con mi padre y le hablaré de tí, y te haré saber cuánto hubiere observado." Jonatás se lisonjeaba de apaciguar á Saul, de ahorrarle un crimen y de salvar á su amigo. En efecto, procuró atraer al rey hácia el campo, y le habló de David del modo que le inspiraban sus generosos sentimientos. Príncipe, le dijo, no seas cruel para con David, pues él no te ha hecho mal alguno, antes al contrario, te ha prestado los mas importantes servicios. El puso su vida en el mayor riesgo, mató á Goliath, y por sus manos el Señor ha obrado maravillosamente la salud de Israel. Tú lo viste, y te llenaste de gozo por aquel triunfo. ¿Por qué, pues, quieres ahora mancharte con un crimen, derramando sangre inocente y matando á David que no ha cometido culpa?" Hay en los acentos de la amistad cuando aboga por el amigo, un secreto ardor que constituye la verdadera elocuencia. El alma de Saul se ablandó con la sinceridad persuasiva de las palabras de Jonatás, y juró no quitar la vida á su yerno. Y aprovechando tan propicia coyuntura, Jonatás hizo venir á David y le presentó en áeguida Saul, para que su aspecto, que solo respiraba respeto y sumisión, acabase de desarmar al iracundo monarca, y pudiera darse crédito á una reconciliación duradera.

Quedóse David en la corte de Saul como antes, pero la envidia de rey estaba apaciguada mas no estinguida; y á juzgar por los ulteriores sucesos, parecíase á un fuego dormido que un soplo puede reanimar, á un gérmen vivaz que se fortifica debajo de tierra cuando se prueba reprimirle por encima. Así el odio como el amor son dos pasiones péfidas, y las que tienen mas hondas las raíces. Las creereis aplacadas y destruidas del todo, y un momento de imprevisión ó de sorpresa vuelve de repente á levantar el incendio. David habia vuelto á ocupar su destino y sus funciones entre los oficiales de palacio. En este tiempo hizo mas de una correría feliz en tierras de los filisteos siempre revoltosos y nunca domados. El intrépido guerrero llevaba consigo la victoria, nada se le resistía, ó destrozaba ó ahuyentaba al enemigo. Estos nuevos sucesos no tardaron en fatigar el débil corazón del príncipe, y en hacer resucitar

en el rencores mal apagados. Dominado por torvos sentimientos, Saul cayó en una especie de manía furiosa que le hacía temible. Un día su yerno, sin la menor desconfianza, hacia vibrar delante de él las cuerdas sonoras del arpa para calmar sus furiosos accesos. Nunca genio sombrío é iracundo oyó una voz mas dulce y consoladora; ni pudo aplicarse al inclemente frenesí y á las llagas del corazón balsamo mas suave y refrigerante. Amfion y Orfeo, atrayendo los peñascos al son de su lira, cual nos los muestra la filosofia de la fabula en los campos de Tebas ó de Tracia, no son tan bellos ni interesan tanto como el hijo de Jessé, probando calmar con los suspiros del arpa el pecho agitado del monarca de Israel: y las fieras de los bosques, y los reptiles terribles del Canadá que ceden y se amansan al sonido de una flauta son mas accesibles á las dulzuras del canto que un pecho devorado por la envidia. Quizás el jóven héroe que despues habia de inaugurar los cantos del cielo sobre la tierra para las generaciones futuras, elevó entonces al Señor el himno mas sublime que ha salido de los labios del hombre para antececer al autor de la creación.

Bendice tú al Señor, anima mia, Mas, ¡ay! mi Dios, de tu engrandecimiento. El portento, bien nunca celebrado, Como podrá cantar mi poesía. De luces radiantes como el oro. Revestido de gloria rodeado, Cubierto de decoro, Desplegando te veo,

Como fácil membrana. En derredor de la celeste esfera, Esa bóveda inmensa, y su rodeo. De liquido raudal con soberana. Providencia cubriendo por de fuera, Que temple sus ardores. En carro refulgente De nubes, entre vivos resplandores. Puesto sobre las alas de los vientos, Glorioso te paseas. Oh! cómo te recreas. En ver con qué presteza y obediente Sumision á llevar tus mandamientos. Tus ángeles, do quiera, se apresuran.

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

; Como, apenas las oyen, corren luego,
 Hechos un vivo fuego,
 Y el deseo ardentísimo procuran
 Satisfacer, que tu precepto inspira!
 Tú fundaste la tierra, que entibada
 En su peso se mira,
 Sin mas apoyo que tu fuerte mano,
 Y el tiempo la querrá mover en vano.
 Tuvistela primero rodeada
 De niebla densa y fria,
 Que cual húmedo manto la cubria;
 Y las aguas que ahora
 Van lamiendo del monte las raices,
 Cobijaban entonces sus alturas,
 Mas apenas les dices:
 Sumerjios; tu voz aterradora,
 El trueno de tu voz, de miedo llenas
 Las hace huir por huecos y hendiduras
 Enjutas van dejando las arenas,
 Vénse luego elevarse
 Los montes, y ensancharse
 Por llanadas inmensas la campaña,
 Y guarda cada cosa
 El puesto que le das, y en él reposa.
 Y aunque el largo recinto ciñe y baña
 El ancho mar inestable,
 Límite invariable
 Pones á su furor, que nunca esceda,
 Ni volver á cubrir al Orbe pueda.
 Luego por espacios
 Valles veo, guiadas por tu mano,
 Mil fuentes cristalinas,
 Que de uno en otro llano
 Con pasos tortuosos
 Bulliciosas corriendo, entre colinas
 Altísimas sepultan sus raudales,
 Formando ya caudales
 Rios; bajan allí de las montañas
 Las fieras alimañas
 Que libres y sin dueño el campo cria,

LAS MUJERES DE LA BIBLIA.

A lieber á porfia;
 Y tras ellas sediente
 El montaráz junéto;
 Mirándolas correr en larga vena,
 Por beber mas el apetito enfena.
 Cerca fijando veo
 Entre briscas y brenas
 Su habitacion á las canoras aves,
 Que con dulce gorgéo,
 Saltando entre las peñas,
 Trinan melodiosas y suaves.
 Mientras tú derramando
 De lo alto en blandísimo rocío
 La lluvia sazónada
 Sobre el árido monte, su terreno
 Estéril y vacío
 Riegas y fertilizas preparando
 La cosecha colmada
 De que se verá lleno,
 Fruto de tu largueza y bizzarria
 Con que el heno se cria,
 Pasto de los hambrientos animales;
 Y de verde pimpollo sale luego
 La frugífera espiga, los frutales,
 La leña para el fuego,
 La hermosa vid, que al lado
 Del olmo asida crece,
 Con que vive, y se abriga, y se guarece
 El hombre que has criado.
 El hombre, á quien por tí tan salidable
 Sustento dá á la tierra;
 Y con el grato vino la alegría
 Vuelve á su pecho inestable,
 Y el negro humor destierra
 De la triste y fatal melancolia.
 Por tí el suave unguento
 Le dá la verde oliva,
 Con que limpie y alegre su semblante,
 Y sabroso alimento
 Le presta el pan, para que crezca y viva,

Y en robustez y fuerza se adelanta
 Por tí con abundosos
 Jugos los altos árboles sustentán
 Sus ramas; y en la altura
 Del Libano orgullosos
 Cedros agigantados nos ostentan
 Que tú allí los plantaste, y son tu hechura
 Y á las aves del cielo
 Dan segura morada; que el desvelo
 De la sábia cigüena
 A fabricar sus nidos las enseña
 De uno en otro collado
 Salta el ciervo veloz con piés ligeros,
 Mientras de puntas el erizo armado
 Entre los agujeros
 De las peñas encuentra dulce abrigo.
 La luna, fiel testigo
 De los tiempos, señala la medida
 Duodenaria del año; y su carrera
 Jamás interrumpida
 Cada día repite el sol luciente,
 Trasmontandó la vuelta de Occidente,
 Mientras con nuevas luces reverbera.
 Y tendiendo entre tanto
 De tinieblas la noche el negro manto,
 Salen de sus guaridas
 Las fieras que escondidas
 Estaban, y pidiendo su sustento
 Oigo cómo entre ellas ruge y brama
 El leoncillo hambriento,
 Y cómo á Dios le clama
 Por agarrar la presa que desea.
 Nace otra vez el sol, y en la mañana
 Cada cuál á su gruta retirado,
 Sale seguro el hombre á su tarea
 Y en trabajar se afana,
 Hasta que con silencio sossegado
 Vuelve la noche fría
 Apagando la luz del claro día.
 ¡Oh qué magnificencia!

Se descubre y admira, en cada cosa
 De las que tú has criado,
 Señor y dueño mio
 ; Qué sabia y adorable providencia
 En la disposicion maravillosa
 Con que todo lo has hecho y ordenado
 Tuyo es el señorío
 Supremo de la tierra;
 Cuánto su ancha redondez encierra,
 Por su dueño y autor te reconoce
 Mirando al Océano
 En dilatados brazos estendido,
 ; Quién es el que sus límites conoce
 ; Quién podrá numerar aquel crecido
 Ejército veloz, que con liviano
 Paso sulcando va las ondas frías,
 En tanta variedad y diferencia
 De grado y corpulencia
 Cargada ya se ve de mercancías
 La nao, contrastada
 Del instable elemento
 De miedo ir y de codicia llena,
 Acá la atroz ballena,
 Cuando está mas airado y turbulento
 De su furor se burla, despreciando
 Sus olas, y segura retozando
 Criado adrede por designio tuyo
 Para batir su orgullo
 Y tantas criaturas
 De tí á su hora esperan el sustento
 Que tú les aseguras
 Con piedad inefable, cada día
 Dándoles que el hambriento
 Deseo satisfagan;
 Porque abriendo tu mano generosa,
 Sobre todos derramas á porfía
 Bienes sin tasa y de bondad los llenas.
 Mas por mas que ellos hagan,
 Si dejas de mirales, ya no hay cosa
 Que su inquietud y turbación sosiegue:

Fáltales el aliento, y desmayados
 Vuelven al polvo de que son formados
 Hasta que respirando vida, lleguen
 Tu soplo criador del alto cielo,
 Y renueve la faz de aqueste suelo.
 Gloria y eterna gloria
 Se dé al Señor: las obras de sus manos
 Contento y alegría
 Le den; y sea eterna su memoria.
 Al Señor, cuyos ojos soberanos
 Si miran algún día
 Con enojo la tierra, se estreñece:
 Cuya divina planta
 Cuando toca á los montes, resplandece
 El fuego, y se levanta
 Humearlo la huella y encendida.
 Yo en celebrarlo emplearé mi vida;
 Y mientras goce del vital aliento,
 A mi Dios cantaré benigno y pio
 Al son de mi instrumento,
 Oh, si grato le fuese el canto mío,
 Cúal para mí es suave
 Dulcísimo embeleso su hermosura!
 Mueran los pecadores con oscura
 Muerte: no haya en la tierra quien con grave
 Culpa le ofenda, y con maldad impia;
 Y tú al Señor bendice, anima mia.

Quando aborto en este ú otros éxtasis semejantes de suavísimas melodias, debiera Saul sentir inundar su alma de un gozo celeste, cual no puede casi desearse mas sobre la tierra; siéntese súbitamente agitado por el espíritu del mal: anublase de repente su alma por la furia horrible de la envidia: un frenesí mortal circula por todas sus venas como un veneno: toma por segunda vez la lanza homicida y la arroja desatentado contra el pecho de David con ánimo de traspasarle: mas éste pudo prever un momento la accion, huye el cuerpo, y la lanza queda rechinando clavada en la pared, dejando despedazadas de nuevo las entrañas del que la arrojara. Un vértigo de muerte atormenta horriblemente el pecho del agresor. Ya no era su ódio el arrebató de un momento: ya no se encerraba en el recinto de su pecho; el furor se había convertido en una fiebre

que le devoraba de continuo. Rompido ha, ya todos los diques; la vida de David le es insoportable; envia guardias á su casa para que aseguren su persona durante la noche, y le hagan morir por la mañana del día siguiente. Dichosamente Michol fué informada á tiempo de estas medidas homicidas; y corriendo á David, le dijo: "Huye, esposo mio, pues si esta noche no te pones en salvo, mañana morirás." No habia mas que una dificultad: las guardias estaban á la puerta de la casa, y era menester burlar su vigilancia. Aprovecháronse, pues, las tinieblas de la noche, y valió quizas tambien la seguridad de los enviados, que no sabian que fuese conocida su mision. Michol descolgó á David por una ventana, como lo habia hecho en otro tiempo la cananea de Jericó con los mensajeros de Josué; y pudo así escapar del peligro. Y aun hizo mas Michol: con el fin de darle tiempo para que pudiese retirarse en lugar seguro, apeló á una estratagema. Preveía que llegarían luego las pesquisas, y puso una estátua ó bulto en la cama del fugitivo, le envolvió la cabeza con una piel de cabra, cubriendo lo restante con la ropa de la cama, á semejanza de un cuerpo humano.

Entre tanto, admirado Saul de la tardanza en hacerle saber la ejecucion de su proyecto sanguinario, envió guardias ó arqueros para apoderarse de la persona de David, y se le respondió que estaba enfermo. Furioso con este retardo, y resuelto á no diferir mas el horrendo crimen, despachó segunda vez gentes con órden de traerle á David en su misma cama para verle matar á su presencia.

Pero como Michol pensó haberlo prevenido todo en su artificio, los corceanos á su llegada quisieron penetrar hasta David, pero en la cama encontraron solo una estátua que tenia envuelta la cabeza con una piel de cabra. Fácil es deducir de aquí la indignacion de Saul: mandó buscar á Michol y le dijo: "¿Cómo así me has burlado, dejand o escapar á mi enemigo?" Temió Michol que su ternura á David no bastaría á escucharla á los ojos de un padre cegado por el ódio; y apelando al disimulo respondió que David la habia azorado con esta amenaza: "Déjame huir ó si no te mataré." Bien fuese por creerlo así, ó por una vuelta natural á la afeccion de padre, Saul no llevó mas adelante sus investigaciones. Así permite Dios que la violencia no logre destrozr todo lo que ataca; y no es por cierto el menor de sus castigos esta solenne impotencia contra la cual se estrellan mas de una vez sus mas temerarios esfuerzos.

David habia tomado el camino de Ramatha, á donde el viejo Samuel dejando la vida pública, se habia retirado y pasaba sus últimos dias en medio de un coro de profetas, á quienes enseñaba la ciencia del Eterno, cantando todos juntos alabanzas al Señor. El anciano venerable acogió

con el mayor interés al fustre fugitivo, cuya futura grandeza había sido el primero en saludar. Refirióle David cuánto le estuvo sucediendo con su implacable suegro, y los dos se fueron después á Noyoth, en donde moraron por algún tiempo. Mas no estuvo allí libre David de las persecuciones de Saul. Por tres distintas veces envió sus soldados á Noyoth para prender á David, y por tres veces los soldados, poseídos por el espíritu de Dios, y no pudiendo resistir al ascendiente de aquel coro de hombres inspirados, juntaron á ellos su voz para cantar las glorias del Excelso. Ni el mismo Saul en persona, cuando lleno de furor en vista de la inutilidad de sus mensajes, pasó él mismo á Ramatha para apoderarse de su yerno, pudo resistir al poder de aquellos cánticos sublimes, y á la fuerza irresistible de la presencia del Señor en el coro de sus siervos. Despojado de sus vestiduras reales, postrado en tierra, con solo su túnica interior púsose á cantar con los demás delante de Samuel, y quedó como sin fuerzas para ejecutar su designio sangüinario. Aunque pervertido el ánimo del monarca de Israel, la fé en el Señor no había destruido en su pecho todas sus raíces, y el sentimiento religioso obró en él con una fuerza irresistible. Tal vez en esta augusta y religiosa asamblea se ejercitó el futuro príncipe de Israel para cantar después sus propias inspiraciones en aquellos himnos proféticos que quedaron después para todos los siglos como la voz unánime de las alabanzas divinas. Quizás allí en aquellos conciertos estáticos se templó de celestial melodía el arpa del rey profeta, aquella arpa de la cual pudieron decir después los hijos de Israel:

“El arpa del rey-profeta, del gefe de los pueblos, del querido del cielo, esta arpa que tú habías santificado, ¡oh música! á quien tú habías dado sonidos sacados de las honduras de tu alma, y que no podías oír, sin llorar: ¡redobla ahora tus llantos, sus cuerdas están rotas! Ella, ablandia los hombres de corazón de acero: ella les daba virtudes que ellos no tenían: ningún oído era tan insensible, ninguna alma tan fría que no se conmoviese, que no se abrasase á sus acentos; y la arpa de David había llegado á ser mas poderosa que su trono!

“Ella refería los triunfos de nuestro rey: ella glorificaba nuestro Dios, y le llevaba nuestro homenaje: ella hacía resonar de júbilo, nuestros valles. los cedros se inclinaban, los montes saltaban de placer: sus sonos subían hasta el cielo y allí tenían su morada. Desde entonces no se la ha oído mas en la tierra; pero á la voz del amor, y de la devoción que es su madre, el alma despiértase aún y desplega sus alas escuchando sonidos que parecen venidos del cielo y mecido por dulcísimos éxtasis que no pueden interrumpir la luz del día.”

Los himnos de David son igualmente admirados tanto por la sublimidad y dulzura de expresión, como por la elevación y pureza del sentimiento religioso. No puede sostener con ellos paralelo la poesía sagrada de ninguna otra nación, y se han viscerado tan hondamente en la parte mas íntima y mas universal á la la vez del sentimiento religioso que, á excepcion de algunos pasajes que son propios de un pueblo guerrero en un siglo menos civilizado, estos cantos forman el fondo mismo del ritual cristiano. Estos cantares que llenaban de celestes encantos la soledad de las cuevas de Engaddi, que resonaban en la boca de los hebreos en el fondo de los vallados, sobre las colinas, en los hosques de la Judea, han sido repetidos de edad en edad en todas las regiones del globo, en las islas mas lejanas del Océano, entre las selvas de la América y en los arenales del Asia. ¡Cuántos corazones han sido por ellos henchidos de dulzura, purificados ó enaltecidos! ¡Cuántas desgracias han encontrado en ellos un consuelo secreto! ¡Sobre cuántas sociedades y pueblos no han atraído la bendición divina, dando un órgano á su fervor y á su devoción!

No empero se creyó seguro David en el retiro de Noyoth; pues si bien Dios le había libertado varias veces, por un prodigio, de las manos de su enemigo, la prudencia humana aconsejaba huir del peligro y no hacer abuso de la intervencion sobrenatural del cielo. Huyó, pues, David de Noyoth, cerca de Ramatha, para buscar un refugio mas seguro. Pero quiso ver antes á Jonatás, y los dos amigos tuvieron una secreta entrevista, en donde el alma del uno y del otro se dilató en mútuas y dulces protestas de amistad y de adhesión. No queria David por prudencia fiarse en las palabras de Saul: con todo Jonatás esperaba poder conseguir una nueva reconciliación, pero salió tan mal con su intento, que poco le faltó para morir en su infructuosa tentativa; tan violenta recayó sobre él la indignación del rey. Convenida con David la señal de cómo debía saber el resultado de su mediación, aprovechó la ocasión de la fiesta de las calendás, ó entrada de luna, y de hallarse vacía la silla asiento que correspondia á David. Aquella fiesta duraba dos dias. En el primer dia, nada dijo Saul, pensando tal vez que David no se hallaria en estado de presentarse: pero en el segundo dia preguntó el rey á Jonatás: “¿Por qué no ha venido á comer ni ayer ni hoy el hijo de Isai?” Y le respondió Jonatás: “Rogóme en vivas instancias que le dejase ir á Betlehem su patria, á donde es llamado á celebrar un sacrificio solemne con sus hermanos, por cuyo motivo no ha venido á la mesa del rey.” Rompiendo entonces Saul el dique de su furor, no pudo contener enton-

es el odio que le devoraba y el horror que le inspiraba la amistad de su hijo con David. "Hijo rebelde, le dijo, ¿piensas acaso que yo ignoro el amor que tienes al hijo de Isai; para confusion tuya é ignominia de tu envilecida madre? Sábetelo que mientras viva el hijo de Isai sobre la tierra, ni tú estarás seguro, ni lo estará tu derecho á la corona de Israel. Así pues, envía por él ahora mismo, y tráemele acá porque ha de morir." Mas Jonatás respondió á su padre Saul, diciendo: "Pero ¿por qué ha de morir, que es lo que ha hecho?" No pudo el furioso príncipe sufrir en boca de su hijo la defensa de su rival; y ciego de furor y sordo á los mas dulces y poderosos sentimientos de la naturaleza, agarró la lanza para atravesar el corazón de su hijo. Levantóse Jonatás de la mesa lleno de justa indignación y furor, y no comió bocado en aquel día segundo de las calendas, apesadumbrado por la causa de David y por la afrenta recibida de su padre. Así en el negro corazón de Saul todo se convertía en odio, hasta las mas dulces y puras afecciones: abrasábase ya en la llama voraz de los réprobos, y quizás no hay ejemplo de hombre culpado que haya sufrido en la tierra mayor martirio. La ambicion de dominar se juntaba en él á la envidia de la gloria y de la virtud. ¡El trono! ¡cuán funesto ha sido el amor al trono para las almas bajas y rastroeras que de él son indignas! ¡él ha encendido la tea de la discordia entre los miembros de una misma familia: él ha levantado mas de una vez un mano fraticida, ó un brazo parricida; cuántas veces se han salpicado de sangre sus gradas y se ha inundado de lágrimas y de sangre un vasto imperio de la ambicion de reinar, y esta ambicion excitada en los príncipes ha servido de pretexto á mil otras ambiciones de partido para disputarse los miserables despojos de una nacion despedazada!

Dejó, pues, Jonatás el palacio de Saul, y aquella alma grande que no conocia sino los tiernos impulsos de la amistad, sintió por primera vez la aversion natural que inspira la irracional tenacidad de una persecucion injusta contra la inocencia. Hondamente aflijido por el triste destino y próximo alejamiento del amigo á quien amaba como á su propia vida, apenas despuntaron los albores del día, salió al campo para unirse á David como lo tenian concertado. Conoció éste desde luego lo poco que podia esperar de Saul, por las señales en que habian convenido, y el triste resultado de los esfuerzos de Jonatás. Al salir David de su retiro, le hizo por tres veces una profunda reverencia postrándose hasta el suelo, pues la amistad jamás debe ser en menoscabo del respeto. Abrazáronse despues estrechamente los dos amigos y mezclaron sus lágrimas y sus besos. Las caricias de la amistad son aun mas puras que las del amor, porque son mas desinteresadas: las almas solas son las que se comuni-

can: no esquivan la publicidad, y hasta la aman algunas veces, porque la verdadera amistad es tan brillante como la gloria, jamás teme aparecer como una debilidad; y si busca la sombra alguna vez, no es porque el rubor tenga en donde esconderse, sino porque la amistad huye de los ojos de la envidia, y no espera hallar entre los hombres fijos ó indiferentes las ardientes simpatias en que se goza y de que necesita. Bastase de otra parte á sí misma; y como todas las grandes pasiones, busca en la soledad su desahogo y sus embelesos.

David sobre todo derramó lágrimas mas abundantes en esta despedida cruel, pues le era fuerza dejar, á merced de un odio implacable, lo que mas amaba en el mundo, Michol y Jonatás. Separáronse por fin, jurándose de nuevo una fidelidad á toda prueba. Así como el amor crece con los obstáculos, la amistad se acrisola y robustece en los grandes infortunios. Estas dos fuertes expansiones del alma han menester contradicción para aparecer con todo su poder y su brillo: la prosperidad relaja sus lazos, debilita sus goces, enerva sus fuerzas: el placer mismo no es grande sino al lado del dolor. Jonatás volvióse á la ciudad, y David empezó aquella vida errante y siempre amenazada, que debia acabar por tan grande reinado, símbolo ilustre de esos dolorosos combates que, libertando al hombre de la tiranía de los sentidos y mostrándole superior á las dificultades, le elevan á la virtud y á la gloria, cual esas aves que vemos destinadas á hendir las llanuras del aire, luchan contra el cable que las detiene; y cuando éste se ha por fin rompido, ceden al movimiento que las empuja en las nubes, y huyen lejos de nuestra vista á regiones inexploradas.

No habiendo, empero, seguridad en los lugares hasta donde se extendia el poder de su perseguidor, pasó huyendo David á tierras de Filistia; pero bien presto se vió obligado á dejar aquel asilo, en donde sus pasadas hazañas le hacian particularmente odioso, y despertaban contra él la mas fatal desconfianza. Volvió, pues, á consejo de un profeta del Señor, á habitar en una cueva cerca de Odollam, pequena aldea de su tribu. Y como no podia defenderse sin que se hiciera temer, tomó la actitud de un jefe de partido. La tenaz persecucion y las proscripciones injustas producen casi siempre iguales resultados, obligando á hombres tal vez pacíficos ó inofensivos, á buscar su salvacion ó su defensa en bandas ó facciones, y creando lastimosamente una nueva resistencia al poder, que nunca hubiera existido sin una provocacion voluntaria. Toda la familia de David, envuelta en su desgracia, participó de sus peligros y le ayudó en su resistencia. Reunió además bajo sus órdenes una multitud de descontentos, de vagos, y de gentes oprimidas de deudas, ele-